

Reseñas

Carlos Alberto Torres, *La política de la educación no formal en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1995, 253 pp.

ESTE LIBRO FUE TRADUCIDO de su versión inglesa; es un texto que trata problemas trascendentes en el campo educativo y contiene análisis de alta significación social. El autor consigue darles un encuadramiento político que se aprecia como característica permanente de su trabajo intelectual. Él denomina este enfoque como sociología política de la educación, cuya peculiaridad, por cierto, es nutrirse teórica y metodológicamente de varias ciencias sociales.

Esta reseña busca incitar al lector a transitar por las páginas del libro, es una novedad que comienza a circular en el mercado editorial y su lectura le permitirá obtener interpretaciones e información sobre la realidad educativa de México y América Latina. A continuación resaltaré algunas ideas que me llamaron la atención.

Desde el inicio se afirma algo que se maneja a lo largo de la obra: la educación es un instrumento que sirve para el cambio social y es base de las ideologías. Este papel de la educación, según el autor, opera en distintos modelos de sociedad. En países como el nuestro, donde el estilo de desarrollo sigue una pauta en que se reiteran periodos de crisis, tal afirmación cobra una denotada importancia. En los momentos en que se entra a dichos periodos, la educación se vuelve uno de los rubros más afectados y tiende a perder sus capacidades de impulso al cambio. Después, cuando se abren nuevas posibilidades de crecimiento se le retoma, revalúa y se busca que sirva para clasificar a la mano de obra, para usarla con los fines de construir una ética social acorde con los requerimientos del mercado, integrar a los individuos y grupos a los criterios que emanan para establecer las jerarquías de la estratificación social producto de nuevas modalidades de la desigualdad y, también, para zanjar las divisiones entre el Estado y la sociedad, a la que se debe convencer de las opciones que se quedan atrás y de las que se abren en el horizonte del tránsito histórico.

Así, esta afirmación, que permea el transcurso del libro, es tan crucial que nosotros los sociólogos la debemos de traer a colación insistentemente porque recupera la centralidad de la educación para el desarrollo, desde una visión global que permite repensarlo como categoría y superar las limitaciones restrictoras y reduccionistas de un economicismo, que felizmente está dejando de estar en boga en muchos círculos académicos y políticos. Asimismo, porque sería deseable

que se aclarara, con toda propiedad, que la expansión educativa no necesariamente redundaría en bienestar social o en prosperidad individual, particularmente cuando hay escasez de puestos de trabajo o mecanismos de mercado que desajustan el carácter de la educación como ordenador de las diferencias sociales.

Hay otros aspectos del libro que bien valdría la pena reseñar y discutir. Por ejemplo, hay una inclinación sociológica clara por no rehuir la controversia teórica, la formulación conceptual, la contextualización del análisis y las implicaciones políticas de los resultados. También debe apuntarse la preocupación de contar con una base empírica que, a la vez que permite confrontar ideas, otorga solidez a los resultados. Así, se toca a Gramsci y Althusser para discutir el papel del Estado en la educación, los acercamientos que tiene la economía política y su influencia en la educación de adultos, etcétera. Para ilustrar las políticas de reforma educativa, la falta de políticas o la contribución de la educación no formal al desarrollo se recurre al estudio de caso en países como Cuba, Brasil, Chile, México, Nicaragua y Granada. En este tenor, el libro tiene un carácter informativo muy interesante.

Para nosotros los mexicanos el problema central del libro —la educación no formal de adultos y también la formal— refiere a una de las grandes fallas de nuestro sistema educativo que no ha podido corregirse. En el capítulo 4 se trata el caso de este país, aunque desafortunadamente la información estadística que se maneja describe una realidad anterior a los grandes vaivenes nacionales que comenzaron el decenio pasado. Así, no da cuenta del incremento y las nuevas dimensiones que adquirió el rezago escolar en los ochenta y los retos que tenemos en este decenio para disminuirlo o impedir que siga realimentándose. Sólo para ilustrar lo que digo quisiera recordar que, de acuerdo con el censo pasado, entre la población de 15 años y más en ese entonces, existían más de 6 millones de analfabetas, casi 18 millones de personas que no concluyeron su instrucción primaria y 12.6 millones que no terminaron la educación media básica. Así, en la educación formal y no formal de adultos se encuentra una de las claves más importantes y uno de los desafíos más complejos para elevar el nivel escolar de la población. México entró a competir en el contexto internacional con una población y una fuerza de trabajo de muy baja escolaridad, comparativamente hablando, sin contar con la calidad de la enseñanza que se otorgó.

El libro de Torres formula, entre otras muchas, tres preguntas: a quién se educa, para qué y qué se le enseña. Y en esa misma parte se indica que la educación de adultos no resulta de utilidad para las actividades modernas de la economía. El argumento por supuesto es mucho más elaborado, pero lo recupero porque, contrariamente, pienso que en un contexto de competitividad (fuera del marco de la relación escolaridad-ingreso) educar y elevar la escolaridad de un segmento de la población como el que está entre los 25 y los 40 años, donde hay tasas muy elevadas de participación en la actividad, puede redundar en el manejo de códigos para la utilización de tecnología, en actitudes más proclives al cambio, en una mayor receptividad y condiciones para la capacitación y tal vez en un mejor desempeño laboral, además de lo que representa desde el punto de vista de la

cultura y el capital cultural para las generaciones que siguen. De ahí, pues, que sea necesario tener en cuenta las propuestas y recomendaciones que se hacen en el libro para la educación no formal de adultos, los orígenes, límites y posibilidades de las políticas educativas que atienden el problema del rezago.

No tengo duda, como lo precisa el autor, de que los estudiosos del tema deben profundizar en los aspectos teóricos e impulsar nuevas líneas de conocimiento sobre este problema. Tampoco de que éste es un libro que avanza en este terreno y ayudará a formar y a estimular en especial a los jóvenes investigadores. Por todo esto, y por lo que se queda en el tintero cuando se hace una reseña, celebro que se haya publicado.

Humberto Muñoz García